

**ENCUENTRO DE GEOGRAFOS DE AMERICA LATINA
LA PAZ- BOLIVIA**

26 DE ABRIL AL 29 DE ABRIL DE 2017

PONENCIA

“Buscando nuevos recorridos con viejos conceptos. La utilización de los conceptos en las Ciencias Sociales”.

Eje: Epistemología

Estrella Mattia, Elian Babini, María del Luján Lozano, Ana Bugiolacchio

(Universidad Nacional de Rosario/ Instituto Superior del Profesorado N° 16 “Bernardo Houssay”. Rosario. República Argentina)

PALABRAS CLAVE: Vigilancia Epistemológica. Ruptura. Conceptos. Territorio. Estado. Nación. Límite. Frontera.

El arte de la cartografía

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el Mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el Tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguietes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los inviernos. En los Desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

*Suárez Miranda: Viajes de varones prudentes,
libro cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658.*

(Jorge Luis Borges, “Del rigor en la ciencia” en “El Hacedor)

RESUMEN

La temática que se propone en esta ponencia es una invitación a la reflexión profesional y al debate académico respecto de la utilización de los conceptos en la Geografía en particular y en las Ciencias Sociales, en general. Para concretar nuestra propuesta, que es interdisciplinar, apelamos a autores como Bourdieu, Chamboredon y Passeron que provienen de la sociología y que plantean la necesidad de “la vigilancia epistemológica” cuando se aborda el análisis de la realidad social.

Para que esta exploración sea posible, consideramos imprescindible la clarificación de los conceptos, su deconstrucción y posterior contextualización e impugnación de ciertas “verdades” universales y generales sobre las que se intenta sostener el conocimiento científico, y, muchas veces, poner en duda aquellas que devienen del sentido común. El trabajo parte de la posibilidad de “la ruptura”, pensada no sólo desde la perspectiva de Bourdieu, para descartar preconcepciones, sino también para conjugar un concepto tradicional con la realidad social en su multidimensionalidad y complejidad. En este escenario de reflexión y análisis, intentaremos revisar algunos conceptos tradicionales para historizarlos, deconstruirlos y ponerlos en dimensión dialéctica con lo real.

Pretendemos invitar a reflexionar acerca de las formas tradicionales que se utilizan para analizar, explicar e intentar comprender la realidad social. Creemos que estas formas estereotipadas -debido en gran medida a la práctica obsesiva de la utilización de los conceptos- hacen perder de vista que los fenómenos sociales son particulares, inéditos, imprevisibles y cambiantes.

Vamos a intentar dar cuenta de que los conceptos son construcciones teóricas atravesadas por el tiempo y el espacio, que responden a intenciones políticas e ideológicas y que han intentado e intentan encorsetar, encerrar y definir los fenómenos sociales que se buscan explicar y comprender, porque como dice Renato Ortiz “...las ciencias sociales viven de los conceptos...pero no pueden ser producidos en serie, según la vieja ortodoxia fordista; es necesario tomarlos, uno a uno en su idiosincrasia y en su integridad...” Estas cuestiones, entre otras, nos interpelan y nos habilitan a plantearnos innumerables preguntas que ponen en tensión la exigencia de utilizar conceptos para otorgar cientificidad a la Geografía y a las Ciencias Sociales. ¿Es imprescindible definir para comprender la realidad? ¿Explorar y describir la realidad resulta menos legítimo si parte de la incertidumbre y la disrupción? En un intento de elaborar algunas posibles y provisionarias respuestas a éstos y otros interrogantes, y a modo de ejemplo, decidimos poner bajo “la vigilancia epistemológica” y en “ruptura” los conceptos de estado, territorio, límite, frontera y nación desde la Geografía, la Historia y la Semiótica para revisar el impacto de los usos en su transmisión y circulación académica.

La reflexión y el trabajo interdisciplinario se abren como una posibilidad de acercamiento a la sincronidad entre el contenido de los conceptos revisados y el presente en el que los recontextualizamos, reconstruimos y les otorgamos nuevos sentidos. Al despegarnos de las certezas y las verdades absolutas en las que nos hacen descansar los conceptos

clásicos estaríamos más cerca de abordar la complejidad social y acceder a nuevos modos de experimentarla.

INICIANDO

LOS

NUEVOS

RECORRIDOS

Los científicos sociales somos portadores de una cierta estigmatización respecto de nuestro hacer y de nuestro pensar. Estigmatización fundacional que venimos arrastrando desde el pasado, que se ha tratado de dismantelar de diversas maneras y acudiendo a múltiples recursos tanto teóricos como empíricos, pero que han dado relativo resultado porque, aún en este presente, se mantiene vigente. Consideramos que este estigma que rodea, envuelve y entrama a las ciencias sociales en general y a la geografía en particular y a todos aquellos intelectuales que nos dedicamos a intentar investigar, indagar, explorar, comprender, explicar, narrar, describir y transmitir –aunque sea en parte– la complejidad y la conflictividad de la realidad social, circula alrededor del status de cientificidad de las Ciencias Sociales. No es nuestra intención en estos renglones recrear esta problemática que, además, continúa teniendo plena vigencia, sobre la que se han escrito infinidad de textos y ha sido el desvelo de muchos de los grandes teóricos de la Epistemología desde que se dio inicio a la demarcación de este grupo “especial” de ciencias, allá por el siglo XIX.

Atendiendo a esta cuestión central, pretendemos revisar, visitar y desplegar, para poner a consideración de oyentes y lectores, ciertas tensiones inherentes a la producción de los conocimientos acerca de lo social que, en líneas generales, consideramos que se han institucionalizado y sacralizado de tal modo que se incrustaron en los múltiples discursos de los científicos sociales provocando una naturalización de las palabras, los significados y los sentidos de lo que se dice y se escribe obturando así, cualquier posibilidad de debate y reflexión acerca de las posibilidades y los límites de conocer la realidad social.

La tensión de mayor relevancia y sobre la que trabajaremos es aquella que se sostiene entre la necesidad de ejercitar constantemente lo que Gastón Bachelard, primero, y luego Pierre Bourdieu, han designado como “vigilancia epistemológica” y la consecuente utilización y aplicación de la denominada “Ruptura epistemológica” para lograr que la “vigilancia” tan buscada se concrete lo más adecuadamente posible. Nos permitimos coincidir con Bourdieu en que la “...vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos...con frecuencia se deja de reconocer, a fin de extraer de ella todas las consecuencias, que la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad...” (Bourdieu y otros, 2008: 31). En este sentido, el ejercicio de la vigilancia epistemológica debe tender a subordinar el uso de técnicas y conceptos a un examen continuo sobre las condiciones y los límites de su validez. Sin embargo, consideramos que a pesar del convencimiento acerca de la necesidad de vigilancia epistemológica en tanto otorga validez científica a las investigaciones en las Ciencias Sociales en general y en la Geografía en particular, no se suele complementar de manera adecuada con la idea de “ruptura” que consiste en alejar

de la ciencia la influencia de las nociones “comunes”, como manera de lograr la objetivación de las técnicas de investigación. Para esto es preciso realizar una crítica lógica y lexicológica del lenguaje común con el objeto de elaborar y reelaborar las nociones científicas, reflexionar, cuestionar, desmantelar los discursos teñidos de validez científica de los investigadores sociales que sólo reproducen, para interpretar, comprender y explicar la realidad social, conceptualizaciones generales, universales, atemporales que no contribuyen a dar cuenta efectivamente de lo que se busca y por tanto, terminan obturando las posibilidades de poner en evidencia las diferencias que constituyen las marcas que deberían guiar a todos aquellos que intentan investigar los procesos sociales. Consideramos que “...al recurrir a factores que son por definición transhistóricos y transculturales, se corre el riesgo de dar por explicado precisamente lo que hay que explicar, se condena en el mejor de los casos, a dar cuenta solamente de las semejanzas de las instituciones dejando escapar aquello que determina su especificidad histórica o su originalidad cultural...” (Bourdieu y otros, 2008: 40). Estamos planteando que consideramos que se suele poner mucho énfasis en la rigurosidad metodológica, en la elección del tema, en la construcción del problema, en el recorte del universo, en la pertinencia de la muestra, en la elección de estrategias de recolección de información, en la minuciosidad de la construcción teórica que sostendrá la investigación y la posterior elaboración de las conclusiones, pero se evita cualquier tipo de cuestionamiento respecto de los conceptos y se los utiliza de forma unívoca y absoluta, sin recordar -como bien señala Bachelard- que “la ciencia no puede progresar si no es cuestionando constantemente los principios mismos de sus propias conclusiones”. Creemos que es necesario hacer una reflexión sobre las nociones teóricas preexistentes para no transformarnos en reproductivistas o acríticos con las ideas de otros, es decir que debiéramos poner mayor atención en las técnicas de ruptura y recordar que la “vigilancia epistemológica” queda trunca si no las aplicamos y las profundizamos.

LA UTILIZACIÓN DE LOS CONCEPTOS Y LA RUPTURA EPISTEMOLÓGICA

Nuestra Intencionalidad al recuperar la idea de Vigilancia epistemológica y presentar a la noción de ruptura como una condición necesaria para que se produzca la primera, alude a la necesidad de plantear un profundo ejercicio de reflexión respecto de nuestras propias prácticas investigativas.

Consideramos que esta instancia se torna relevante, sobre todo porque resulta observable que los científicos sociales somos portadores de una notable obsesión por la utilización de los conceptos como si la casi abusiva y exagerada utilización de ellos nos asegurase la cientificidad de nuestros trabajos y nuestros discursos académicos, de forma tal que las Ciencias Sociales en general y la Geografía en particular tienden a tornarse más cuantitativas que cualitativas ya que suponemos que cuanto más conceptos utilicemos mayor validez científica poseen nuestros objetos de estudio. Para complejizar aún más este complicado estado de la cuestión en las Ciencias Sociales, es bastante común que la utilización de los conceptos se despliegue desde una perspectiva clásica, tal como ha sido empleado en la lógica formal de inspiración

aristotélica, que "...no representa solamente los caracteres comunes a un grupo de cosas, sino la forma de ellas. El concepto es, en suma, el órgano del conocimiento de la realidad. Las formas de la realidad corresponden exactamente a los conceptos que forja la mente" (Ferrater.Mora,1980:69).

Lo que pretendemos exponer, y poner a consideración de los colegas en este encuentro, en definitiva, son nuestras inquietudes, nuestras incertidumbres, nuestras dudas, e invitarlos a que pensemos juntos que, tal como plantea Renato Ortiz "...Las Ciencias Sociales se alimentan del mundo, ése es el material de su existencia. El observador, aquel que lo analiza, está inmerso en los problemas de ese mundo. Su sensibilidad histórica funciona por tanto como un estímulo intelectual. La creatividad supone, al mismo tiempo, un corte con el sentido común y una elaboración permanente y audaz de nuevas hipótesis...Los elementos ideológicos se insinúan a todo momento y deben ser controlados mediante una vigilancia epistemológica permanente..."(Ortiz, 2004:22), en la que creemos profundamente, a la que adherimos voluntaria o involuntariamente, pero a la que solemos esquivar, casi sin darnos cuenta, cuando argumentamos que la validez científica de nuestras producciones intelectuales dependen, casi exclusivamente de los modos en que utilizamos los conceptos que seleccionamos para dar cuenta en forma clara, precisa y contundente de aquello que hemos descubierto, explorado y problematizado, dando por sobreentendido que cuanto más extensas, intensas, completas, y rigurosas sean las construcciones teóricas que atraviesan y entraman nuestras producciones, más se alejan de la literatura y más se aproximan a un discurso específicamente científico que otorgará mayor especificidad a cada una de las ciencias que componen este maravilloso abanico de conocimientos que son las Ciencias Sociales. Con esta actitud que suele ser bastante común entre nosotros, y que obtura cualquier posibilidad de discusión y debate, nos estamos olvidando de dos cuestiones sumamente importantes. La primera es aquella que sostiene que "...todo pensamiento opera con conceptos, incluso el lenguaje más simple del día a día. Lo que diferencia a las ciencias sociales es que ellas deben liberarse de las nociones del sentido común, deben depurarlas para transformarlas en abstracciones más complejas, capaces de funcionar como categorías analíticas del pensamiento. La ruptura con el sentido común es fundamental para el razonamiento científico. Es un paso difícil, pues el lenguaje, al operar con conceptos abstractos, tiende a confundirlos, a pesar de sus orígenes e intenciones diferentes. Con anterioridad al acto de pensar, es necesaria una operación abstracta preliminar: la definición y el esclarecimiento de las categorías por medio de las cuales se piensa. Es preciso diferenciarlas, separarlas del sentido usual en el que se las emplea comúnmente..." (Ortiz, 2004: 14) Y la segunda, no menos importante que la anterior, consiste en desconocer o pasar por alto que "...querer sumar todos los conceptos heredados por la tradición y todas las teorías consagradas, o pretender resumir todo lo que existe en una suerte de casuística de lo real a costa de esos ejercicios didácticos de taxonomía universal que, como dice Jevons, son características de la edad aristotélica de la ciencia social y están condenados a derrumbarse en cuanto aparecen las similitudes ocultas que encubren los fenómenos. Es también desconocer que la verdadera acumulación supone rupturas, que el progreso teórico implica la integración de nuevos datos a costa de un enjuiciamiento crítico de los fundamentos de la teoría que aquéllos

ponen a prueba. En otros términos, si bien es cierto que toda teoría científica se atiene a lo dado como a un código históricamente constituido y provisorio que se erige para una época en el principio soberano de una distinción inequívoca entre lo verdadero y lo falso, la historia de una ciencia es siempre discontinua porque el refinamiento de la clave de desciframiento no continúa nunca hasta el infinito sino que concluye siempre en la sustitución lisa y llana de una clave por otra..."(Bourdieu y otros, 2008: 52/53).

En consecuencia, para poner en evidencia esta vieja tensión entre vigilancia epistemológica y ruptura y la relación de estas cuestiones con la utilización institucionalizada de los conceptos y las teorías en las Ciencias Sociales en general y en la Geografía en particular, hemos elegido arbitrariamente algunos conceptos ampliamente utilizados no solo por los geógrafos sino por la mayoría de los científicos sociales. Los conceptos seleccionados son: territorio, estado, nación, límite y frontera. Intencionalmente, estos conceptos van a estar sometidos a las técnicas de ruptura epistemológica, de forma que este ejercicio nos interpele y nos habilite a formular nuevas preguntas, a resignificar las que existen, o simplemente a recuperar como válida aquella afirmación de Agnes Heller que sostiene que las Ciencias Sociales no se ocupan de los absolutos y de las verdades universales... las Ciencias Sociales, son sólo pura promesa.

CORRIENTES EPISTEMOLÓGICAS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

La Geografía científica nace en el siglo XIX con Humbolt y Ritter a la luz del Positivismo y muchos de sus conceptos han tratado de adaptarse a las construcciones biologicistas y han permanecido a la sombra de ese dominio buscando analogías con la Biología para explicar hechos Sociales. Este hecho facilitó la posibilidad de que la Geografía se haya iniciado y aún sea, como señalan algunos autores, una ciencia y una herramienta para la guerra.

Podemos afirmar que todas las ciencias sociales -desde su configuración como tales- están atravesadas por algunos grandes momentos epistemológicos: el Positivismo Evolucionista, el Funcionalismo y Estructuralismo, el Marxismo y las Teorías Críticas antipositivistas y en la actualidad, el Neopositivismo y el Posmodernismo- Por lo tanto, en Ciencias Sociales se han utilizado en el transcurso de su existencia como ciencia los conceptos con su marca de origen biologicista y las revisiones generadas a partir de las necesidades políticas y las marcas de subjetividad que aportaron todos aquellos que intentaron redefinir los mismos conceptos. Estos conceptos seleccionados, estado, nación, límite, frontera y territorio merecen especial atención, ya que fueron particularmente funcionales a la lógica capitalista, eurocéntrica y colonizadora de la que nunca parecieran desprenderse.

El concepto de territorio parece ser uno de los más genuinos y propios de la Geografía simplemente por la creencia de que el referente de este término puede supuestamente existir sin la intervención de la mano del hombre, un estereotipo instalado desde la creación misma de la Geografía como ciencia.

REVISANDO CONCEPTOS EN CLAVE DE RUPTURA

Atendiendo a la contundente afirmación de David Harvey que nos advierte que “al enfrentarnos a un mundo de incertidumbre y riesgo”, la posibilidad de ser prácticamente destrozados por las consecuencias de nuestras acciones pesa fuertemente sobre nosotros, a menudo haciendo que prefiramos “lo malo conocido a lo bueno por conocer” vamos a iniciar, a continuación, una sesgada revisión conceptual que pretendemos que sólo sea entendida como una ejemplificación y aplicación de aquellas cuestiones epistemológicas que se han planteado en los párrafos anteriores.

Comencemos con el controvertido concepto de “estado”. El estado representa la única entidad jurídica que posee una plenitud de competencias, y lo que de ello se desprende, un poder político oficial. Definido de este modo, el estado moderno, acuñado conceptualmente por Nicolás Maquiavelo en el transcurso del siglo XVI, se presenta como un poder central soberano que, en nombre de un interés superior, sustrae la acción política de consideraciones morales y religiosas. Ese poder se ejerce sobre un «**territorio**» donde esta entidad, estado, es responsable del orden público para poblaciones donde asegura la cohesión y donde debe asegurar la defensa frente al exterior, según un esquema contractual teorizado por Thomas Hobbes, en el *Léviathan* (1651). Al justificar su existencia por la garantía del orden social, el surgimiento de los Estados marcaría el paso del estado de naturaleza, caracterizado por la guerra de todos contra todos, al estado civil, en el cual cada uno es libre obedeciendo a la ley de todos.

Desde la Geografía Política, no deberíamos dejar de citar a Friedrich Ratzel que fue el primero en desarrollar una teoría del Estado orgánico en el último tercio del siglo XIX. Este geógrafo afirmó, al amparo del entonces hegemónico evolucionismo darwiniano que la vida de los Estados y las naciones es similar a la de los seres vivos. Así, concebido como un “organismo anclado en el suelo”, el poder de los Estados no tardó en asociarse a su superficie, justificando de este modo las conquistas territoriales y la jerarquía de las potencias. La delimitación de vastas zonas coloniales o de esferas de influencia geográfica entre las potencias europeas.

Hoy sabemos que esta manera de pensar el estado se encuentra emparentada con la cosmovisión positivista sobre la que se demarcaron las Ciencias Sociales en general y la Geografía en particular que, por aquel entonces comenzó a abandonar su perspectiva fundacional clásica que le otorgaba cierta pertenencia epistemológica a las ciencias naturales y sus teóricos comenzaron a correrse hacia el campo de lo humanístico en la medida en que aquellos que se dedicaban al estudio de los climas, los relieves y la hidrografía, comenzaron a percibir que esos conocimientos no eran suficientes para explicar la complicada y desigual realidad en la que se movían los sujetos desde mediados del Siglo XIX a consecuencia del desarrollo del sistema Capitalista. Así, incluso hasta la primera mitad del siglo XX, las analogías biológicas fueron moneda corriente en todas las ramas de la geografía y tuvieron sus defensores y cultores, por ejemplo en W. Davis, F. Ratzel y Van Valkenburg, que además sostuvieron que, todos los Estados eran entidades autónomas que discurrían por senderos paralelos, que se habían originado en distintas

épocas e iban desarrollándose a distinta velocidad, reconociendo así la existencia de la sincronía temporal para intentar comprender la diversidad de los procesos de estadidad.

Años más tarde, y sobre todo a partir de principios de la década del 50, enmarcados en el Funcionalismo, los principales exponentes de la geografía del estado, como Gottmann, Hartshorne y Jones, no lograron establecer una única manera de plantear la construcción conceptual del estado, poniendo en evidencia las dificultades para definirlo porque "...el estado es una entidad colectiva de naturaleza y origen controvertidos. No es fácil identificar determinaciones del concepto que no resulten de algún modo reductibles, unilaterales, deformantes y que no hayan sido objetos de impugnación..." (Portinaro, 2003: 17). Sin embargo, la posición teórica más contundente fue la de Hartshorne, que consideró que el objetivo principal de la existencia del estado es la de unir diversos segmentos sociales y territoriales en un conjunto eficaz. Desde esa perspectiva, el concepto de estado se constituyó como un todo entramado de cinco conceptos relacionados entre sí: "idea política", "decisión", "movimiento", "campo de acción" y "territorio político". En este sentido, la conceptualización que propuso André-Louis Sanguin en 1981 nos brinda un poco más de claridad respecto de la problemática que plantea cualquier intento de definir al estado. Este autor lo piensa "como un espacio organizado políticamente y por regla general es la emoción política de la emanación de la Nación que lo precede en la historia" (Sanguin, 1981: 145).

Desde las últimas décadas del siglo XX, y enmarcados en un escenario político, social y académico en el que las Ciencias Sociales comenzaron su reestructuración interna que dio cuenta de sus tradiciones y mudanzas, de la necesidad de reconstruir sus diálogos interdisciplinarios, de los procesos de hibridación disciplinaria, de las tensiones y de los retos que afrontan, los geógrafos se fueron dedicando a la revisión conceptual necesaria, dando lugar a la existencia de una Geografía Crítica que se ha encargado de cuestionar sistemáticamente la versión evolucionista positivista de la geografía, poniendo mayor énfasis en la relevancia de historizar los conceptos para poder comprender los procesos que los científicos geográficos intentan explicar con sus investigaciones.

Dentro de la postura crítica, tomaremos el planteo hecho por Taylor (2002) en "Geografía Política" donde formula que los Estados son las instituciones en la economía mundo capitalista, que específicamente detentan el poder formal, hacen las normas y vigilan que se cumplan. Por consiguiente, este paradigma afirma que los estados son instituciones en las que se deposita el poder y que se convierten en instrumentos de los grupos que lo pueden utilizar para sus intereses particulares de clase.

Además, esta línea de pensamiento, considera que no se puede realizar una teoría general y válida universalmente para explicar la existencia del estado, sin analizar la posición en que se encuentra cada uno en el sistema mundo capitalista. Por otro lado, Joan-Eugeni Sánchez (1992), advierte que en todos aquellos casos en los que aparezca la palabra estado, se debe tener presente el o los sentidos con los que se aplica. Esto atiende a considerar prioritaria la vigilancia epistemológica y su consiguiente ruptura, para evitar las ambigüedades que se puedan presentar al utilizar este concepto de forma acrítica y por ejemplo, no tener en cuenta que no es lo mismo para los geógrafos pensar en el estado como Estado-Nación, como Estado-poder, como Estado-aparato o como Estado-Territorio. Cada una de estas acepciones es portadora de sentidos y significados

distintos y esto hace que su aplicabilidad en las explicaciones que se requieran, resulten diferentes con respecto a su utilización específica.

Una situación análoga sucede con los sentidos asignados a la palabra "territorio", este vocablo se encuentra en castellano, al igual que en francés, por lo menos desde el siglo XIII. La primera acepción que señala el Diccionario de la Real Academia Española indica que es "...La porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc..." Atendiendo a esta cuestión, Gottman (1973) ha descrito los orígenes del concepto territorio indicando que, al principio, se designaba con esta palabra a la zona que rodeaba a las ciudades y que estaba bajo su jurisdicción. Se aplicaba a las ciudades estado del mundo clásico. En consecuencia, la existencia del territorio supone intrínsecamente una división del poder político porque no es, sino la tierra que pertenece al estado. Este significado que se remonta a 1494, de acuerdo a lo planteado por Immanuel Wallerstein, coincide con los inicios del Capitalismo o de la denominada economía mundo.

Con el transcurso del tiempo, el significado moderno de territorio estuvo muy ligado al concepto legal de soberanía, supone la existencia de una autoridad final y absoluta en una comunidad política. La unión de territorio y soberanía se remonta al siglo XV y en forma definitiva, con el tratado de Westfalia de 1648. La expresión 'territorio' se utilizaba, como hemos dicho, con referencia al espacio de la soberanía o la jurisdicción de un país o sus unidades administrativas.

A consecuencia de las guerras religiosas que hubo en Europa tras la Reforma protestante y la reacción conservadora católica, el estado territorial surge como una necesidad de otorgar estabilidad a la población y a la vez, intentar solucionar el problema de la seguridad.

Muchas veces se utilizó el término de territorio como sinónimo de espacio, pero ya los geógrafos cuantitativos daban como importante el hecho de diferenciarlos pues el concepto de espacio es más abarcativo e incluye los fenómenos físicos y humanos. El territorio, en cambio, está más ligado al estado político. Desde las teorías de los Sistemas Territoriales, se aclara la cuestión de las escalas y se clasifica al territorio como nacional, jurisdiccional o local. Desde otras disciplinas, como la Antropología, también se piensa el territorio desde lo personal, ligado al término territorialidad, adoptado por los geógrafos de la percepción quienes incluyeron la subjetividad como un referente central.

Cuando hablamos de territorio, parecería que estuviéramos ante el concepto más ligado a la Geografía, un lugar de reaseguro de esta disciplina, como afirmamos anteriormente, ya que es desde este lugar donde se han elaborado muchos análisis y teorías que hacen hincapié en algunas dimensiones del mismo, pero en realidad es una cuestión de larga tradición en el pensamiento de las Ciencias Sociales. Del Latín, *Territorium*, señala una extensión o tierra dividida políticamente cuyo sufijo "orio" le agrega la idea de pertenencia a un lugar. Este sentido de pertenencia se mantiene en la mayoría de sus usos actuales en Ciencias Sociales.

Sin embargo, el concepto de territorio ha sufrido a lo largo de la historia mutaciones en relación a las preguntas que podemos formularnos con respecto a esta fuerte impronta

del sentido de posesión y sus posibles respuestas. Un territorio ¿A quién pertenece? ¿Pertenece de modo natural a aquellos que allí nacen, allí viven o a aquellos que lo han dominado o invadido? Si analizáramos aquel discurso de George W Bush tras el ataque a las Torres Gemelas en el que afirmaba que todo aquel que no está con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo es terrorista y menciona a todo el mundo, hablaríamos de un territorio imaginado en la raíz de un imperio, el propio resto del mundo, subsumido a Estados Unidos, dominado por él, unido a él como territorio de lucha contra el terrorismo. Esta construcción discursiva es en sí misma la creación de un concepto: territorio terrorista/territorio antiterrorista con el único fin de iniciar el primer ataque a Irak, es decir la guerra.

El territorio se convirtió en un concepto cada vez más utilizado en Geografía y otras ciencias sociales a partir de los años 1960 y 1970. Habitualmente, el término se utilizaba con referencia al espacio de la soberanía o la jurisdicción de un país o sus unidades administrativas, y era especialmente relevante para la llamada Geografía Política. El concepto de territorio se fue llenando cada vez más de contenido asociado a lo bélico, lo religioso, lo cultural y lo antropológico. El territorio se propuso así como un eje a partir del cual podrían plantearse adecuadamente ciertos problemas y estimular la colaboración interdisciplinaria. Se ha desarrollado también una Sociología del territorio o Sociología territorial, y desde la arquitectura y el urbanismo, la ingeniería, la agronomía y otros saberes técnicos aplicados, se ha hablado de las Ciencias del Territorio.

Sin duda, el término territorio es uno de los que mayor espesor semántico y dimensión ideológica ha adquirido tal vez por esa ilusión inicial de que se trata de un término inocuo, casi una tabula rasa, aparentemente despojado de sentido propio. Los cambios de significado que ha experimentado este concepto no solo tienen que ver con las transformaciones sociales sino también con la evolución, crisis y transformación de las propias disciplinas científicas. Se ha pretendido que frecuentemente las personas no pertenecen a un solo territorio, que la movilidad actual (migraciones, refugiados de guerra o de catástrofes naturales) determina que aquéllas muchas veces se desterritorialicen, que tengan identidades múltiples, que en la época de la globalización los espacios locales y los territorios se movilen y pierdan significado social. Como solución a tanta heterogeneidad se reformuló la idea de espacio territorial y pasó a concebirse como espacio social y espacio vivido. Igualmente, esta dicotomía propuesta por Capel (2016) no hace más que aumentar los contrastes y no da cuenta de la verdadera complejidad de la cuestión territorial que a su vez se torna inseparable de los otros conceptos como estado, nación, límite y frontera que aquí decidimos traer a revisión.

EL PROBLEMA ESTÁ EN EL BORDE

Ligado al concepto de territorio aparecen los conceptos de “frontera” y “límite”. La frontera ha sido definida como la franja colindante a los límites políticos, como un lugar de intercambio, comercial, y cultural.

Desde la perspectiva de la geografía tradicional, el concepto de frontera es simplemente el límite de un estado y abarca tres nociones, banda de terreno, línea de demarcación y barrera defensiva.

En el presente mundial, esta idea simplista se tornó un concepto muy ambiguo frente a los procesos de globalización, guerra y migraciones, algunos autores plantean el fin de las fronteras. Sin embargo, es en los espacios de frontera donde se generan los intercambios de sentido más fuertes y los ámbitos de ruptura más importantes de continuidad de una situación o proceso, también marcan la confluencia de lenguas, culturas, etnias y pensamientos. Entendido como límite político es un límite móvil que puede ser atravesado, avasallado, diluido por los distintos factores sociales y políticos en permanente recambio y circulación y que han ido esfumando en la realidad el sentido original de este concepto porque "...en todas partes, las regiones de frontera han sido sustituidas por los límites fronterizos, que son un componente necesario de la soberanía de los territorios, ya que la soberanía debe tener límites: un mundo de estados soberanos es un mundo dividido por límites fronterizos. Por tanto, los límites fronterizos son un elemento esencial de la economía mundo moderna..." (Taylor, 2000: 179). Esta cita de Taylor, nos muestra otra evidencia para invitarnos a reflexionar acerca de la deuda ideológica que tienen las Ciencias Sociales en general y la Geografía en particular con el capitalismo. Pareciera que, la mayoría de las conceptualizaciones pensadas por los científicos sociales no hacen más que explicar, justificar, y legitimar la existencia del sistema capitalista.

Algo similar sucede con el concepto de "Nación" porque "los significados que ha asumido en las distintas épocas históricas han sido tantos y tan distintos entre sí que vuelven casi inútil cualquier intento de ofrecer una definición unívoca de los mismos...entre los estudiosos contemporáneos prevalece la convicción de que el de nación es un concepto destinado a permanecer envuelto en la oscuridad y en la indeterminación..." (Campi, 2006:7). Este concepto, no tuvo un desarrollo lineal y comenzó a acuñarse desde la antigüedad, aunque "científicamente" fue incorporado al léxico de las Ciencias Sociales de la mano de los primeros científicos políticos. Ha sido utilizado por geógrafos como herramienta conceptual para explicar la pertenencia identitaria de las poblaciones a un territorio determinado. Sin embargo, el concepto de nación -como todos los utilizados por las Ciencias Sociales- no tiene un sentido unívoco y se ha ido transformando, deconstruyendo y reconstruyendo en función de las necesidades intelectuales, políticas e ideológicas de los científicos sociales. Así, "...enfocando a la nación desde la perspectiva temporal, podemos considerarla como proyecto, relato heroico, leyenda, olvido y memoria, sucesión en el calendario y simultaneidad social, mito de origen y otras simbologías nacionales-estatales que se desprenden de un tipo específico de construcción historiográfica. Desde la territorialidad, la nación se nos aparece como geografía política, límite socio-espacial, conjunto de riquezas naturales, sistema de mapas y medios de transporte y comunicación, disposición de monumentos y señales, y también, como arraigo, infancia y filiación..." (Vernik, 2004:9).

Paradójicamente, el de nación es uno de los conceptos que menos vigilancia epistemológica ha sufrido y en consecuencia, el concepto que menos ha sido sometido a las técnicas de ruptura epistemológica.

Para la geografía Tradicional, especialmente de raíz funcionalista, la nación preexiste al estado, el estado se constituye cuando la nación ocupa un territorio de manera estable y ese estado va a adquirir identidad en función de la nación que lo constituye. Esa

identidad, no obstante, no incluye desde esta perspectiva a los sujetos que la habitan. En realidad, reflexionando desde una perspectiva histórica anclada en la geografía crítica, podríamos afirmar exactamente lo opuesto, sostener que el estado es una construcción socio-histórico política y que a partir de su institucionalización se construye una nación, como propone Benedict Anderson y otros autores, al utilizar el término de “comunidad imaginada” para definir a la nación.

CONCLUSIONES

Los caminos que fue tomando la Geografía en particular y las Ciencias Sociales para explicar y relevar los distintos fenómenos sociales y políticos no han hecho más que sostener modos de exclusión y violencia social. La clasificación de países por el progreso económico y tecnológico, desarrollados, subdesarrollados y en vías de desarrollo, por ejemplo y los modos en que la geografía tradicional parcela primero al mundo en dos y luego lo globaliza tornan al Imperialismo y colonización como inacabables, donde el estado económicamente superior coloniza de modo lógico al supuestamente inferior desde la exclusiva óptica del “progreso económico”. Durante muchas generaciones, desde el nacimiento de la escuela como institución se ha estudiado al estado desde las variables demográficas, religiosas, culturales, desde una mirada de extrañeza de los llamados “estados modernos” hacia aquellos “primitivos” o “exóticos”. Esta obsesión clasificatoria no hace más que fijar la impronta biologicista del colonialismo y el Imperialismo y el “colonialismo” es siempre muerte de la humanidad. ¿Por qué matar a aquello que queremos definir y explicar? Esa tal vez sea una de las primeras paradojas relevadas en este análisis.

Las etiquetas y adjetivos que sobreabundaron y ornamentaron nuestros libros clásicos de Geografía, el parcelamiento al hablar de Geografía Económica, Política, Física, por ejemplo no hacen más que continuar reproduciendo modelos evolucionistas aún en la era digital, lo cual es infinitamente más peligroso y letal. Se nos entrega y facilita tecnología, servicios y herramientas digitales cada vez más sorprendentes pero son manejadas desde un lugar de poder y eso abre nuevos e inauditos, a la vez que imprevisibles caminos de colonización.

La Geografía necesita descolonizar sus propios conceptos, explorar en otras variables, la justicia social, el derecho a la vida, el daño ambiental y cósmico, la construcción de la infancia, la pertenencia, la identidad, entre otros temas centrales que la constituyen y preservan. No debería sufrir más parcelamientos ni escisiones ya que éstas son solo eufemismos del propio fracaso de la ciencia para poder explicar las cuestiones humanas más profundas. La Geografía por la paz y por el bienestar del hombre debiera tal vez derrocar las antiguas denominaciones o bien, éstas servirnos como variables para medir las posibilidades infinitas de las Ciencias Sociales para resolver problemas humanos.

El destino final sería el recupero o más bien la búsqueda de la integridad humana, desde un lugar de aprovechamiento de las diferencias y no solo el respeto por ellas que implica simplemente una tolerancia y una exclusión encubierta. La humanidad en pedazos -literal a través de las pantallas- no puede seguir siendo naturalizada en redes sociales, sitios web o herramientas digitales. La globalización al servicio del poder, el regreso de las teorías

maniqueas a favor de unos pocos tampoco explica ni resuelve el sinnúmero de contradicciones de las que somos testigos y protagonistas a diario.

Nuestro pensamiento debe estar atento a los cambios, las ideologías se entrometen a cada momento, casi sin darnos cuenta: cuando hablamos, cuando escribimos, cuando elaboramos conceptos, cuando no encontramos conceptos para explicar la realidad, cuando nos vemos en la necesidad de dismantelar los que existen para volver a reconstruirlos y contextualizarlos convenientemente. Todos estos procesos deben ser controlados mediante una vigilancia epistemológica permanente. Es imposible no reconocer que es justamente este aspecto el que permite el avance de las ciencias sociales porque "...el trabajo intelectual se nutre de una situación ambivalente: el rigor y el control científico y una vinculación visceral con las cosas del mundo" (Ortiz,2004:23).

Para concluir, o más bien para comenzar estas reflexiones, sólo nos resta agregar que estamos convencidos de que la vigilancia epistemológica y la aplicación de la ruptura epistemológica a nuestro quehacer intelectual y académico son necesarias y porque, no podemos evitar sostener que nuestras producciones intentan ser un modo alternativo de "la actividad política que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar, hace ver lo que no tenía razón de ser visto, hace escuchar un discurso allí donde solo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido..." (Ranciere, 1996: 57).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

BOURDIEU, Pierre y otros (2008), *El oficio del Sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI, Buenos Aires.

CAMPI, Alessandro (2004), *Nación*. Nueva Visión. Buenos Aires.

CAPEL, Horacio (1988), *Filosofía y Ciencia en la Geografía Contemporánea*. Barcanova. Temas Universitarios, Madrid.

FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2000), *La invención de la nación*. Manantial. Buenos Aires.

FERRATER MORA, José (1980), *Diccionario de filosofía abreviado*. Sudamericana. Buenos Aires.

GÓNZALEZ CASANOVA, Pablo (Coord.) (2002), *Ciencias sociales: algunos conceptos básicos*. Siglo XXI editores. México.

HARVEY, David (2007), *Espacios de la esperanza*. Akal. Madrid.

MORAES, Carlos Robert (2006), *Geografía. Pequeña historia crítica*. Geountref-Eduntref. Primera Edición Española. Buenos Aires.

PORTINARO, Pierre Paolo (2003), *Estado*. Nueva Visión. Buenos Aires.

ORTIZ, Renato (2004), *Taquigrafiando lo social*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

RANCIERE, Jacques (1996), *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva visión. Buenos Aires.

SANCHEZ, Joan-Eugeni (1992), *Geografía Política*. Síntesis. Madrid.

SANGUIN, Andre-Louis (1981), *Geografía Política*, Oikos Tau. Madrid.

SANTOS, Milton (2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Ariel. Barcelona.

SAUTÚ, Ruth(2005), *Todo es teoría*. Lumiere. Buenos Aires.

TAYLOR Peter, y FLINT Colin (2000), *Geografía Política- Economía-Mundo, Estado-Nación y Localidad*. Trama Editorial. Madrid.

TOBÍO, Omar (2012), *Territorios de la incertidumbre. Apuntes para una Geografía Social*. Colección Cuadernos de Cátedra. Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires.

VERNIK, Esteban (comp.) (2004), *Qué es una nación. La pregunta de Renán revisitada*. Prometeo. Buenos Aires.

WALLERSTEIN, Immanuel (Coord.) (2007), *“Abrir las ciencias sociales”*. Siglo XXI editores. México.